

Capítulo LXXXVI.

Angustia y amor.

Por el camino tuvo ocasion de conocer que la amistad que habian jurado algunas tribus al ilustre conquistador de Méjico empezaba á amortiguarse.

Agentes mejicanos continuaban excitando á la rebelion, y más de una vez tuvo Alvarado necesidad de esgrimir sus armas para desembarazarse de los que durante el tránsito salian á hostalizarle.

El ejército tlascalteca, que se hallaba en Tepeaca, empezaba tambien á dar señales de disgusto.

Cortés, como ya sabemos, les habia prohibido que se entregasen al pillaje, y habia amenazado con penas crueles á los que, dejándose llevar de réncores pasados, ejerciesen represalias sobre los vencidos.

—Yo no sé qué ventajas,—decian algunos,—he-

mos alcanzado despues de empeñarnos en tantos combates.

—Despues de haber arrostrado tantos peligros, no se nos concede ni siquiera el placer de la venganza.

—Ya voy viendo que cuando nuestro caudillo Xicotencal se oponia á todo pacto con los extranjeros, es por que conocia sus propósitos. Son ambiciosos, y lo que es peor desagradecidos.

—Pues lo que es los triunfos que han obtenido últimamente, á nosotros nos los deben.

—Yo no sé qué influencia ejercen que hechizan á cuantos hablan con ellos.

—Así es; ya veis la oposicion que les hacia Xicotencal, y despues ha sido el primero que se ha puesto de su parte.

—Y ha peleado como un héroe.

—¡Quién sabe si conociendo la influencia que ejerce Cortés sobre el senado, habrá querido granjearse su amistad para que le devuelvan el mando del ejército!

—Desde luego que ese ha sido el móvil de su conducta.

—Si Xicotencal, cuya voluntad de hierro todos conocemos, ha inclinado su frente ante el caudillo de los españoles, ¿qué extraño es que los demás hagan lo mismo?

—Pues yo no puedo conformarme con que las cosas continúen de este modo.

—Ni yo tampoco; ya que los que hemos expuesto nuestra vida no hemos logrado ventaja alguna, al

menos que nuestra república ensanche su territorio.

—Dices bien; debemos hacer que Tepeaca quede bajo el dominio de Tlascala.

Estas conversaciones, que llegaron á oídos de Hernan Cortés, y las noticias que llevo Pedro de Alvarado, le hicieron conocer todo lo grave, todo lo penoso todo lo difícil de la situación en que se encontraba.

Sin embargo, antes de adoptar resolución alguna, dominado por el amor que sentía hácia Marina, habló con ella.

—No puedes figurarte, dueño mio,—le dijo la hermosa india,—las angustias que he sufrido durante nuestra ausencia. ¡Qué de pesares han agobiado mi alma! Pero te contaré en breves palabras cuanto me ha ocurrido desde nuestra separación.

—Habla, te lo ruego; deseo conocer á los infames que te arrebataron de aquí, para imponerles el castigo que merecen.

—El día que salistes á combatir á los tepeaquezes, me hallaba yo paseando por los alrededores de Tlascala, cuando de pronto cuatro hombres se apoderaron de mí y me llevaron á una cueva próxima á Zempoala.

—Pero ¿á quien obedecen esos infames?

—A Litzajaya. Esa mujer, según he sabido por ella misma, había tenido amores con nuestro amigo el capitán Velazquez de Leon. Sin duda se cansó de ella, y la abandonó.

Indignada ante este desprecio, juró vengarse, y

yo no sé cómo se halló en el encuentro que tuvimos con los mejicanos la noche que abandonamos su ciudad, que ella fué la que hundi6 un puñal en el pecho de vuestro amigo.

—¿Y esa infame proyectaba, sin duda, hacer otro tanto contigo?

—No lo creas; en el tiempo que he estado en su poder he sido objeto de los mayores miramientos.

—Pues entonces, ¿cuáles eran sus proyectos?

—Había concebido un plan vastísimo para cortar la retirada hácia Veracruz.

Marina continuó refiriendo á su amante todos los pormenos que ya conocen nuestros lectores, y cuando Cortés supo la escena que había tenido con Rangel y el horroroso atentado de sublevar á las tropas que tenía á sus órdenes:

—Es preciso,—dijo,—que inmediatamente salga el escribano real para que sea juzgado Rangel y se le imponga la pena que merece su incalificable conducta. Mucho siento que se derrame la sangre de uno de nuestros hermanos; pero para conservar la disciplina de mi ejército es preciso que la ley se cumpla.

Barbadillo fué el encargado de cumplir esta triste misión.

Salió aquel mismo día, y Hernan Cortés, para estar preparado para los acontecimientos que pudieran ocurrir, hizo que la acompañara Cristóbal de Olid.

Dió á este orden para que cuando llegará á Veracruz fletase cuatro navíos de los que allí había dejado Pánfilo de Narvaez, y con ellos fuese á Santo

Domingo para pedir refuerzos de tropas, caballos, espadas, ballestas, artillería, pólvora y toda clase de municiones; paño, lienzo, zapatos y otras muchas cosas.

Escribió al licenciado Rodrigo de Figueroa, incluyendo una especie de Memoria de todo lo ocurrido desde su salida de Méjico, y le encargó la necesidad de recibir cuanto antes los refuerzos que pedía.

Mandó que algunos españoles y algunos tlascaltecas fuesen á ocupar las cercanías de Zacatami y Xalascuco, poblaciones sujetas al dominio de los mejicanos y próximas al camino de la Veracruz, para desembarazar por completo aquella parte; y en seguida reunió su gente, y acompañado de Marina, emprendió la marcha con direccion á Tlascala.

Un suceso inesperado fué causa de que anticipase los preparativos para la conquista de la imperial ciudad de Méjico.

Capítulo LXXXVII

Noticias alarmantes.

Cuando el ilustre caudillo de los españoles fué á casa de Magiscatzin, le dijeron que se hallaba en el senado.

Trató de verle, se hizo anunciar, y le dijeron que en aquel momento no era posible, porque el senado se ocupaba de un asunto de suma trascendencia.

Su altivo carácter se rebeló ante aquella negativa, y ya empezaba á desconfiar de la lealtad de los tlascaltecas, cuando oyó una conversacion que dispó sus sospechas.

—Alarmantes deben ser las noticias que han traído esos emisarios de Méjico,—decía uno.

—El dolor que manifestaban en su semblante indica que ha sucedido alguna gran desgracia,—añadía otro.

—¿No habeis visto,—exclamaba un tercero,—que tanto ellos como la servidumbre que les acompañaba, traian en el brazo izquierdo un lazo de tela negra?

—¿Si en la epidemia que ahora reina en Méjico habrá sucumbido el monarca?

—Pronto lo sabremos; la sesion no puede durar mucho, porque ya hace más de dos horas que están conferenciando los embajadores con el presidente del senado.

Cortés empezó á esplicarse el motivo de no haber salido á su encuentro Magiscatzin.

Espero á que terminase el consejo, y acercándose al presidente del senado:

—Acabo de saber,—le dijo,—que han llegado emisarios de Méjico. ¿Qué graves noticias traen, que os han impedido acudir á mi llamamiento, y ni siquiera me habeis invitado como otras veces á que asistiera á las deliberaciones del alto cuerpo de que sois presidente?

—Perdonadme si he podido aparecer á vuestros ojos desatento. El mensaje que nos han traído es de tanta importancia, entraña tal influencia para el porvenir de todo el imperio, que preocupado por la noticia que acababa de recibir, di la contestacion que habeis recibido. Pero no por eso creo que debais dudar de la sinceridad de mi amistad.

—¿Y qué dicen los mensajeros?

—Actualmente una epidemia de viruela diezma á habitantes de Méjico. Una de las primeras victi-

mas ha sido su soberano el príncipe de Iztacpalapa, y cómo es natural, se ha comunicado tan triste nueva á todas las tribus del imperio.

—¿Y á quién piensa elegir para sucederle en el trono?

—Guatimozin es el que más probabilidades tiene de ceñir la corona á su frente.

—¿Segun eso, cuenta allí con grandes simpatías?

—Tiene muchos partidarios, segun dicen los emisarios.

—¿Y qué objeto han traído con esa embajada?

—Ya os lo he dicho. Darnos cuenta del fallecimiento del monarca.

—¿Nada más?

—Y saber si podrá contar Guatimozin con nuestro apoyo para ocupar el trono.

Hernan Cortés no quiso saber más.

Desde aquel momento trató de averiguar los partidarios que tenia Guatimozin.

Habia cruzado una idea por su mente, y antes de ponerla en práctica necesitaba conocer la actitud en que se hallaba el país.

Supo por los indios que le eran adictos, que Guatimozin, apenas ocurrió la muerte del príncipe de Iztacpala, habia enviado emisarios á todas las provincias del imperio.

A los que eran tributarios de Méjico les relevaba de esta obligacion.

A los que eran independientes les ofrecia grandes ventajas si protegian su causa.

Su objeto, como fácilmente, se comprende, era ganar su voluntad y que le proclamasen emperador.

Al mismo tiempo que los inclinaba en su favor, les excitaba en contra de los españoles.

Sus emisarios llevaban orden de decir en su nombre en cuantas poblaciones recorrian:

—Venimos á participaros la triste noticia de que el emperador de Méjico, Quetlahuaca, ha dejado de existir, víctima de una penosa enfermedad. El sentimiento que han manifestado sus leales vasallos, es sólo comparable á las simpatías que todos han demostrado en favor de Guatimezin, su sobrino, para sucederle en el trono.

Al verse aclamado por todos, no ha vacilado en tomar á su cargo la direccion del imperio.

Que es valiente, esforzado, nadie lo pone en duda; que reúne grandes condiciones de mando, todos lo reconocen; que su corazón abriga los más nobles sentimientos, lo saben todos cuantos han tenido ocasion de conocerle.

El sistema que se propone seguir ha de atraerle el aprecio de todos.

Es su primer deseo librar á las provincias tributarias de esta ominosa carga.

Las que viven independientes continuarán disfrutando de su libertad.

El poderoso Guatimezin dice, y dice muy bien, que es preciso que cesen esas luchas fratricidas que han llenado de luto á todos.

Cree que, cuando la independencia de la patria se

halla amenazada con la presencia de los españoles, debemos unirnos todos para combatir al enemigo comun.

Tiempo es ya de que conozcamos nuestros verdaderos intereses.

Los españoles, á pesar de sus protestas de amistad, no han traído á estas regiones otro objeto que el de dominarnos, [para engrandecer la corona del monarca de su nacion.

No sólo esta amenazada nuestra independencia, sino nuestras costumbres, nuestra religion.

Si triunfasen los extranjeros, nos impondrian sus creencias, destruirian teocalis y quemarian nuestros ídolos, como ya lo han verificado en algunas provincias.

En vista de estas razones, la eleccion no debe ser dudosa.

Reconociendo como soberano á Guatimezin y destruyendo á los extranjeros, además de servir á la patria se alcanzará un bienestar como nunca se ha disfrutado.

Conservando la amistad con esos extranjeros, tarde ó temprano seremos todos esclavos suyos.

Esta alocucion la repetian en todas partes, y en algunas hallaba eco.

Otros preferian permanecer fieles á los españoles, porque aun vivian en su memoria los triunfos alcanzados por sus armas, y consideraban preciosa aquella amistad.

Muchos continuaron indiferentes á uno y otro bando.

Cortés, que, como hemos dicho, conocia perfecta-

mente lo que ocurría, creyó que había llegado el momento de dar el golpe decisivo.

Mandó construir bergantines con madera que tenía preparada en Tepeaca, envió á Veracruz por velas, jarcias clavazon y otras cosas necesarias á su objeto, y cuando la construcción de las naves estuvo terminada, llamando á sus capitanes, pronunció en su presencia una de las más inspiradas alocuciones.

La historia la conserva en sus brillantes páginas, y nuestros lectores nos agradecerán seguramente que la trascribamos en el capítulo siguiente.

Así como así trazamos la figura del héroe, y sus palabras son su alma.

Capítulo LXXXVIII.

Dichos y hechos.

«Muchas gracias doy á Jesucristo, hermanos míos,—dijo,—por veros sanos de vuestras heridas y libres de toda dolencia.

»Pláceme mucho que esteis ganosos de volver hácia Méjico para vengar la muerte de nuestros compañeros y recobrar aquella gran ciudad; lo cual espero en Dios hareis en breve tiempo, por tener á nuestro favor á Tlascala y otras muchas provincias, por ser vosotros quien sois, por la fé cristiana, que vamos á publicar y difundir.

»Los de Tlascala y los otros que nos han seguido siempre, están prestos y armados para esta guerra, y con tanta gana de vencer y sujetar á los mejicanos como nosotros.